

Vulnerabilidad

Ergos

Image not found.

Capítulo 1

Dicen que no hay nada más doloroso que decir adiós cuando el cuerpo pide a gritos quedarse. Me ha tocado ver esa herida a los ojos y enfrentarla en una intensa batalla, en donde a ratos me sentía en desventaja. Saber cuando abandonar la historia es un acto de valentía inconmensurable. Que si bien todo lo bello te hace señales de humo para que te quedes, es el alma quien en sus adeptos más internos sabe y se anticipa, que ya es momento de llevarnos a otros planos. A otras vidas, a otras risas, a otros ojos, a otros brazos. Dicen que la desdicha de decir un adiós de forma prematura no se le compara a nada. Pero yo no creo que sea así. Hay algo en los adioses dichos antes de tiempo que me parecen poesía. El arte del amor propio en su forma más sutil y sabia, aquella que antes de saber nosotros mismos lo que nos hace bien, se presenta con pequeñas luces, mostrándonos que el panorama no venia bien desde hace ya algunos meses atrás. Pero claro, somos nosotros quienes aplazamos el fin, lo alejamos y desde nuestro rincón seguro impenetrable le hacemos muecas a la distancia. -"Te he burlado otra vez" -nos regocijamos porque la palabra fin ahora yace desde una distancia prudente, mirándonos fijamente. ¿Qué hay con las despedidas que el ser humano es tan reacio a ellas? A ratos, me parecen incluso más lindas que los encuentros. Las despedidas vienen con carga, tienen algo que contar. Los inicios se componen de un vacío infinito, pero no me malentiendan, hay belleza en este acantilado de posibilidades, donde todo puede ser como también no. Pero las despedidas, escoltadas de suspiros vacilantes, ojos vidriosos y esta mochila con recuerdos y vivencias tienen el poder de calar más profundo en mí. Nunca olvidarás el día que conociste a alguien, ¿pero y que tal el día que ya no lo reconociste más? Que miraste a sus ojos e incluso tu mismo reflejo se encontraba distorsionado, cuando ya solo hay señales de que es tiempo de terminar la historia, seguimos cuestionando la partida. Y es que los años me han enseñado que es ese sentimiento agridulce que queda luego de decir adiós el que queremos evitar. Pues déjenme decirles algo, ese sentimiento, capaz de sentirse con todos los sentidos, un olor seco, que te lija la garganta dejándote sin palabras, un ruido de eco que se mantiene en nosotros, aislando todo lo que ocurre a nuestro alrededor cuando vemos a la persona que amamos avanzado en dirección contraria a nosotros mismos, esa sensación como tocar un agujero negro, que te tira la piel y la estira hasta que sientes que te la van a arrancar, todas esas sensaciones juntas, se llama vulnerabilidad. Y eso, querido lector, nadie lo quiere sentir. Y somos capaces de dar una, y otra, y otra oportunidad más. Aguantamos cuando bien sabemos que, bajo este puente, ya ha pasado muchísima agua. Aguantamos sabiendo que nuestra función ya terminó, ya bajaron el telón y el anfiteatro ya se vació. Pero nos quedamos, porque sabemos que al bajar del escenario nos encontraremos con la vulnerabilidad frente a frente, esperándonos con los brazos abiertos. De seguro, solo quiere felicitarnos, por tremendo espectáculo. Por haber vivido y haber soñado. Por habernos entregado en

sangre, sudor y lagrimas hacia otro ser humano. Un abrazo que culmine la función y nos sostenga el corazón. Pero nos asustamos, nos quedamos arriba, pidiéndole a dios que suba el telón una vez más, convencidos de que aun nos queda mucho por decir, mucho por intentar, mucho por aguantar. La vulnerabilidad es paciente y se queda hasta que nosotros mismos queramos bajar, porque el escenario se volvió un lugar tan hostil y el otro protagonista ya no es quien creíamos que era. Ella espera sin juzgar. No la queremos mucho y ella lo entiende. Y es así como llegamos a ella, cubiertos de heridas y cicatrices de todos estos intentos de más. Incluso las rosas lanzadas al termino de la función nos hicieron daño, y es que todo hace mal en exceso, dicen. Nuestra alma sabe cuando hay que ponerle fin, pero nosotros, queriendo evitar este abrazo con la vulnerabilidad, la ignoramos. Y no me mal entiendan, que entre vivir y no vivir yo siempre elegiré el primero. Pero hoy, creo que puedo entender un poco antes cuando veo el telón descender y a los espectadores aplaudir. Aunque me encuentre quizá en mi mejor momento, leyendo los versos mas hermosos y parándome como una heroína frente al mundo. Ya me entregaron todo lo que me pudieron haber entregado, ya di todo lo que pude haber dado. La obra sigue, pero con otros protagonistas, la vida cambia de escenario y el mundo de función. ¿Estamos listos para decir adiós? ¿Sabemos, entre todo el caos, irnos cuando ya es hora? ¿Por qué no nos dejamos ser vulnerables? Desciendo los escalones ensangrentada, con trozos de mi alma que quedaron atrás y me permito caer en la vulnerabilidad. Ella me abraza, me cobija y me señala que lo hice bien, que con las herramientas que tenía, en ese momento, hice lo mejor que pude. Que a veces, nuestros compañeros de función no lo noten no esculpa nuestra. Que a veces, el príncipe azul termine convertido en una bestia tampoco lo es. No queremos sentirnos vulnerables, porque eso significa reconocer que fuimos heridos, que estuvimos en una obra, con todo lo que eso conlleva y eso ya se terminó. Se acabó.

- "Lo bueno..."- dice la vulnerabilidad mientras me abraza- "es que siempre habrá otras vidas. Siempre habrá otras funciones, otros momentos y otros actores. Lo bueno de cambiar de escenario, es que el mundo tiene un sinfín de otras obras esperándote. Y ahora vas más fuerte, más sabia y más plena. Lo bueno, es que lo que viene, siempre es mejor. Porque la vida es mejor, porque las oportunidades son mejores, porque el cielo es mejor, porque tú...eres mejor."